

ELISA, AUTORA DEL CANTAR

PSEUDÓNIMO: FÍGARO

Ésta es la historia de un olvido que con el paso del tiempo se ha ido convirtiendo en uno de los secretos más buscados de la literatura española. Descubrir el anonimato de obras literarias forma parte de las curiosidades más atractivas de la literatura; como el autor del Quijote de Avellaneda o el reciente descubrimiento del autor del Lazarillo, por no decir la genial autoría escondida en los versos acrósticos de La Celestina. Pero esas otras obras no son el objeto de nuestro actual relato, pues es a una presentación a la que vamos a asistir; nada más y nada menos que al autor o, mejor dicho, autora, del Cantar de Mío Cid. Vamos a ello:

Nos encontramos en un bastante lejano año de 1162 en la localidad castellana de Atienza con una pequeña inquieta y cantarina llamada Elisa. Esta niña de apenas nueve años será testigo del cerco de la Villa por parte de las tropas partidarias del rey de León Fernando II con el propósito de capturar al rey pequeño de sólo ocho años, Alfonso VIII. Su traslado desde las tierras sorianas de San Esteban de Gormaz y su llegada a la villa fortificada de Atienza se convertirá en el acontecimiento más apasionante puesto en la mirada sorprendida de una niña curiosa y que casi comparte edad con el que será rey de Castilla, Alfonso VIII.

Ese cerco y posterior huida hacia tierras de Segovia y luego de Ávila supondrán con el paso de los años la conmemoración de uno de los acontecimientos más históricos de Castilla, conocido como La Caballada y que se celebra todos los años el día de Pentecostés, pues fue ese el día en que unos humildes arrieros y otros disfrazados de arrieros consiguieron evitar el cerco del rey Fernando II de León.

Pues bien, acerquémonos a nuestra avispada y lista Elisa. Su condición de chica enormemente despierta le hizo acercarse a los nobles leales al rey pequeño Alfonso y con su gran amigo de también ocho años, Pedro, configuraron un "triángulo" de socios que se mantuvo a lo largo de sus vidas. Su amistad se desarrolló en apenas unos días durante el cerco de la villa, pero se prolongó en años y lugares. Tanto Pedro como Elisa sirvieron de anfitriones ante Alfonso y le enseñaron todos los rincones atractivos de su fortaleza. El hecho de ir siempre acompañados por el rey pequeño les servía de salvoconducto para entrar en todos los lugares a los que niños de tan corta edad nunca habrían podido entrar; y así conocieron de cerca las estupendas vistas desde la torre del homenaje del Castillo de Atienza, bebieron agua fresca en la fuente romana y se atrevieron a acercarse a la puerta de la salida, bien sitiada por las tropas leonesas; salieron del primer recinto amurallado por el arrabal de Puertacaballos para ver las lejanas tierras segovianas; jugaban a un continuo escondite por iglesias como la de Santa María del Rey o de la Trinidad

y, en definitiva, no eran conscientes de las tensiones entre leoneses y castellanos, entre los Lara y los Castro.

Sentían especial atractivo a conocer de cerca a los juglares que les cantaban y contaban las hazañas de los antiguos caballeros Rodrigo Díaz y Álvar Fáñez. Ya habían pasado más de 60 años de sus conquistas y batallas, pero ahora corría el tiempo en que se fueran alejando de la historia y que se fueran convirtiendo en leyendas. A Pedro y a Alfonso les gustaba más la figura de Álvar Fáñez y a Elisa le resultaba más fascinante el personaje de Rodrigo Díaz.

Se solían sentar en los soportales de la Plaza del Trigo y escuchaban inmóviles las historias en forma de verso que cantaban los juglares de la localidad. Además, las entendían mejor al ser contadas en romance castellano. Allí en aquellos soportales aprendieron lo que era un cantar de gesta, la rima y el verso, la interpretación ante un público entregado, renovar las historias y elevar a la categoría de leyenda a esos antiguos guerreros castellanos.

Pasados unos meses y después de haber podido escapar del cerco leonés de Atienza en la primavera de 1162, nuestros tres amigos tuvieron que iniciar un recorrido clandestino por esas tierras hasta buscar refugio en Segovia, población en la que no tenía influencia el rey leonés. En ese arriesgado itinerario fueron descubriendo poblaciones como Robledo de Corpes, donde debido al temor a ser descubiertos por algún traidor leonés, prefirieron no entrar al pueblo y refugiarse en el bosque de robles contiguo. Su corta edad les hacía ver los riesgos como aventuras; ellos no eran conscientes de los ataques de los jabalíes, sino que veían lo atractivo que podía ser el monte al anochecer con jabalíes, zorros o los innumerables corzos. Digamos que el miedo de los niños había desaparecido al escuchar esas historias juglarescas de El Cid Campeador y del Buen Minaya. Quizá con el paso del tiempo vamos sustituyendo el atrevimiento de la juventud por el temor de la vejez.

Entre los tres hacían breves dramatizaciones y con el paso de los días iban memorizando versos enteros de hazañas pasadas. Este sencillo juego les alejaba del riesgo real de su huida; además la protección por parte de los Lara no les hacía ser conscientes del peligro que corrían sus vidas. Transcurridas unas fechas y al no ver clara su estancia en esas tierras serranas de Guadalajara, prefirieron orientar su huida hacia las tierras de Soria y por eso se adentraron por la Sierra de Pela y en concreto por Miedes. Hasta allí no había llegado el control de los leoneses y ya pudieron conseguir alojamiento dentro de la población. La simpática edad de nuestros amigos y su desparpajo para contar las gestas les permitieron pasar en Miedes todo el verano de aquel año de 1162.

Se trataba de que se fueran enfriando las tensiones entre los partidarios del rey Fernando de León y los fieles seguidores del rey niño Alfonso de Castilla. Ese verano también les sirvió para ir aprendiendo a leer latín y escribir en romance castellano, gracias al padre don Agustín que era el clérigo de la Iglesia del pueblo. A la atracción por contar y cantar como juglares, le estaban sumando la capacidad para escribir esas mismas historias orales; sin darse cuenta estaban

protagonizando una de las mayores revoluciones literarias de la historia: convertir la literatura oral en literatura escrita, lo popular en culto y de hecho trasladarlas a un soporte escrito. Y así pasaban los días, aprendiendo a escribir y ensayando y haciendo disfrutar de sus historias a las gentes humildes de esa sierra castellana.

Desde Miedes fueron aproximándose al río Duero, llegando ante los rigores del otoño y posterior invierno a la fortaleza de Berlanga. No obstante, queremos remarcar la importancia de una visita en nuestros tres chicos. Antes de llegar a Berlanga fueron testigos del final de las obras de una ermita mozárabe, la de San Baudelio, pequeña pero tremendamente atractiva para los ojos de tres muchachos que veían en su interior historias ilustradas con santos y con innumerables animales. Así disfrutaron de las águilas, los elefantes, los dromedarios, osos o las escenas de Jesús. El enorme colorido y la capacidad para contar historias de los frescos de esos maestros les convencieron de la posibilidad no sólo de cantar las algaradas y batallas, sino de dibujarlas en los pergaminos. De hecho, se convirtieron en discípulos improvisados del Maestro de San Baudelio, que ante su insistencia les enseñó el arte de dibujar sobre un pergamino todas esas escenas evangélicas o de cetrería.

Como el duro invierno ya entraba en esos páramos tan fríos, decidieron marcharse a la vecina Berlanga a conseguir un alojamiento que les permitiera perfeccionar la técnica de la miniatura sobre pergamino. Y así tenemos al rey niño Alfonso entretenido dibujando retratos llenos de gallardía y discreción de su favorito Álvaro Fáñez, a Pedro esmerándose en dibujar escenas de caza y a nuestra Elisa dibujando los primeros retratos imaginados de Rodrigo Díaz. Fue, sin duda, un invierno de aprendizaje, en el que sin darse cuenta igualmente protagonizaron otra de las revoluciones de la literatura, la de acompañar los textos escritos con ilustraciones.

Pero los días de su amistad y aprendizaje estaban llegando a su fin. A la villa de Berlanga había llegado la noticia de que el rey niño Alfonso tenía que dirigirse en breve a la cercana ciudad del Burgo de Osma, ya que se estaba despoblando la antigua Uxama y se estaba convirtiendo en sede episcopal la actual Osma. Nuestro pequeño Alfonso necesitaba contar con el obispo del Burgo de Osma para ir sumando más aliados y así fortalecer su debilitada corona castellana. Los tres niños sabían que esto iba a ocurrir más tarde o más temprano, pero el momento de su separación se aproximaba y a esas edades es muy común que se establezca algún juramento de por vida. Y así decidieron entre aquellas nobles murallas de la heroica ciudad de Berlanga que, aunque el destino les separara, su amistad seguiría a lo largo de su vida y que, como síntoma de la misma, seguirían escribiendo y dibujando las hazañas de sus héroes favoritos, Rodrigo y Álvaro. La más comprometida y emocionada de los tres fue nuestra pequeña Elisa, que se juramentó para hacer un completo Cantar de Rodrigo Díaz.

El rey niño Alfonso le pidió a su amigo Pedro que le acompañara en su nueva obligación, pues era su propósito el nombrarle con el tiempo alférez real. Y a

Elisa, su intención era la de convertirla en dama de su corte castellana y otorgarle algún privilegio.

Sabían que tendrían que separarse por los avatares de su reinado, pero iban a procurar que fuese cuanto más tarde mejor.

Por eso a comienzos de la primavera de 1163 se encaminaron a la vecina Burgo de Osma, no sin pasar antes por la fortaleza inexpugnable de Gormaz, ya que a oídos suyos había llegado la heroica toma de la fortaleza por parte de Rodrigo Díaz cien años atrás. La intención de Elisa era la de conversar con las gentes del lugar para que le comentaran vicisitudes de la batalla, recuerdos e imágenes de sus padres y abuelos para, de esa manera, ir incrementando el Cantar de Rodrigo. No pasaron más allá de la primavera dentro de Gormaz y, sin duda, les sirvió para conocer todavía más las leyendas de sus héroes y seguir discutiendo sobre si era más legendaria la valentía de Rodrigo Díaz o la lealtad de Álvaro Fáñez.

El verano de 1163 lo pasaron en la sede episcopal de Burgo de Osma. Además, fueron testigos de primera mano de cómo la elevada ciudad de Osma en el cerro contiguo se trasladaba a la vega y se empezaba a convertir en un bullicioso burgo, donde la actividad comercial y episcopal era un hervidero de gentes de diferentes lugares. La antigua catedral románica se empezaba a quedar pequeña y el encuentro entre el obispo Juan y el rey niño Alfonso iba a deparar sendos compromisos por parte de los dos. Alfonso apenas contaba con nueve años, pero su personalidad y aprendizaje los mostraba en cada una de sus consideraciones. El obispo Juan se declaró fiel partidario de Alfonso como rey de Castilla y, a cambio, Alfonso cuando se convirtiera en Alfonso VIII otorgaría al Burgo de Osma la definitiva sede episcopal en detrimento de Soria y los permisos para la construcción de una nueva catedral con todas las nuevas técnicas arquitectónicas del elevado estilo gótico.

Fueron meses de conocer y compartir decisiones del que iba a ser rey de Castilla y a la vez de ir contrastando con los burgueses las mesnadas, algaradas y batallas pasadas como la de Osma o la mítica de Calatañazor. Muchas de esas tardes escuchando hechos de la historia, las terminaban cantando y contando en los soportales del Burgo a las gentes del lugar. De hecho, con el paso de las semanas, fueron adquiriendo fama de juglares contrastados tanto Pedro como Elisa. El rey Alfonso apenas disponía ya de tiempo para compartir su afición con sus amigos, debido a sus compromisos de Corte. Pedro seguía contando hazañas discretas y calladas del Buen Minaya y Elisa, ya una atractiva señorita, se emocionaba al interpretar los actos gallardos del Cid Campeador.

Y tras ese corto periodo de pactos y compromisos reales, nuestros tres muchachos se dirigieron a la vecina localidad de San Esteban de Gormaz, población estratégica en manos cristianas y que había sido el punto de partida del rey niño Alfonso para esquivar el asedio de su tío el rey de León y pasados estos dos años, el propio Alfonso tenía previsto establecerse allí y celebrar sus primeras Cortes, que serían las primeras Cortes de Castilla. La ciudad seguía

con su crecimiento progresivo, contaba ya con cuatro parroquias, dos monasterios y alrededor de 3000 habitantes. Se estaba consolidando como un importantísimo núcleo urbano que recogía pobladores de los vecinos reinos de León, Navarra, Aragón y, por supuesto, Castilla. Aquí fue el lugar donde nuestros protagonistas tuvieron que separar sus destinos, que no su amistad.

Era una tarde tormentosa del verano de 1173 y la vida les había transformado en tres apuestos jóvenes. Alfonso ya había dejado de ser el rey niño para convertirse en Alfonso VIII, Pedro había asumido con toda la responsabilidad posible el cargo de alférez real y Elisa era la más reputada y apreciada de los juglares castellanos. Estos años residiendo en San Esteban le habían servido a Elisa para acaparar y reunir todos los hechos heroicos en los que había intervenido El Mío Cid y para ello se había trasladado a las ciudades de Burgos, Soria, Guadalajara, Zaragoza, Teruel, Castellón o la propia Valencia. De cada uno de esos lugares tenía alguna anécdota que contar y encontraba alguna persona cuyo abuelo había conocido al propio Cid. Llegó a reunir tal cantidad de información que, junto a su destreza para incorporar algo de ficción y la de engrandecer la figura del Cid, vio oportuno el hecho de transcribir esa historia y de alimentarla con ilustraciones. Su letra perfeccionada con el tiempo, sus ilustraciones tan coloristas y el buen soporte de pergamino de los mejores corderos del lugar, dieron como fruto lo que hoy conocemos como nuestro mayor cantar de gesta, el Cantar de Mío Cid.

Ese momento tan esperado y emotivo, Elisa quería compartirlo con sus amigos y por eso los convocó bajo la lluvia tormentosa en los soportales de la bella iglesia románica de San Miguel. Con mucho secreto y cuidado abrió su negro bolso de piel y les mostró la obra de tantos años y vivencias compartidas. Fue un momento muy emotivo del que sólo fueron testigos los tres amigos y los muros de San Miguel.

Y la cuestión que debatieron en aquel pórtico era la de dónde iban a conservar esa obra maestra; si en la cercana Iglesia de Santa Olalla o la de San Esteban o, al tratarse de la más solemne y elevada, entregarla en depósito al clérigo de San Miguel. Lo que tenían claro era que se iba a conservar en San Esteban de Gormaz, porque había sido el lugar del que partió Alfonso de niño para refugiarse en Atienza y conocer a sus dos amigos, por estar bañada por el río Duero y por haber sido conquistada por el propio Rodrigo Díaz.

De ahí que decidieron hablar con el padre Ángel, clérigo de San Miguel, para que albergara un lugar digno que sirviera de custodia al manuscrito del Cantar y pensó que el lugar más idóneo era el presbiterio durante las celebraciones y la propia sacristía cuando no se celebraran oficios.

Pues bien, después de más de ocho siglos, se tiene constancia documentada de que salió únicamente de la iglesia de San Miguel en dos ocasiones señaladas; durante la celebración de las primeras Cortes de Castilla en el año 1087 por propio deseo del rey Alfonso VIII y durante la crucial batalla de las

Navas de Tolosa, ya que Alfonso VIII quería que le acompañara esta joya literaria para que le concediera la valentía y arrojo del Cid Campeador. Salvo estas dos ocasiones conocidas, no sabemos si este primer manuscrito del Cantar de Mío Cid elaborado por la propia Elisa durante más de diez años, seguirá oculto en algún lugar del presbiterio o de la sacristía de la Iglesia de San Miguel de San Esteban de Gormaz.

Las copias posteriores del siglo XIII no pertenecerían a la propia Elisa y, por lo tanto, no serían manuscritas por la su autora y juglar castellana. De hecho, el no haberse descubierto este histórico ejemplar le concede al municipio de San Esteban de Gormaz y a sus habitantes, los sanestebeños, el privilegio de ser ellos los que custodian y albergan el verdadero y primer manuscrito del Cantar de Mío Cid.